

Los maestros preescolares para el año 2000: un reto para las Facultades de Educación

Rubén Darío Hurtado V. Ana María Jiménez A.

*Marta Lorena Salinas S.**

Para acompañar a las generaciones que vivirán en el año 2000 será necesario el maestro. Pero ¿qué clase de maestro? La respuesta a este interrogante puede expresarse en un perfil del maestro ideal para tal época teniendo muy en cuenta que cualquier propuesta que se haga con el fin de

*Rubén Darío Hurtado V. Profesor Facultad de Educación, Universidad de Antioquia.

Ana María Jiménez A. Profesora Facultad de Educación, Universidad de Antioquia.

Marta Lorena Salinas S. Profesora Facultad de Educación, Universidad de Antioquia.

producir transformaciones concretas en la realidad debe partir del análisis de por lo menos, las circunstancias históricas que rodean el hecho a variar, pues de lo contrario todo quedará en meras formulaciones teóricas que por su descontextualización serán inoperantes.

Los lineamientos anteriores son la base para el desarrollo del tema propuesto, es decir, se pretenden vislumbrar las características que hagan del maestro preescolar un profesional idóneo para afrontar exitosamente las tareas que implique la educación en el próximo milenio, características que deberán ser derroteros de trabajo para las facultades de educación ya que son ellas las encargadas de profesionalizar el personal que aspira a trabajar con la infancia. Sin embargo, esta propuesta parte de un análisis de la realidad del país y de la formación actual que se brinda en las facultades.

En síntesis: las condiciones del país y las concepciones y rol que tienen los maestros preescolares sirven de base para aproximarse al maestro del futuro en aras de su cualificación.

Para describir la situación colombiana de modo muy somero se ha decidido resumirla en cinco puntos que bien pueden ilustrarla:

1. Estado de beligerancia permanente
2. Anoxia política
3. Deficiente ritmo de crecimiento económico
4. Trastocación axiológica
5. Desaparición del individuo

Veamos en qué consiste cada una de ellas:

1. Estado de beligerancia permanente

Hasta la lectura más desprevenida de nuestra historia nos dejaría apreciar sin ningún esfuerzo, que desde nuestra independencia de la Corona Española hemos vivido el drama de la guerra. Las luchas intestinas, algunas veces paralelas a confrontaciones armadas con países vecinos, parecen ser nuestro sino. Las más diversas causas han servido para justificar todas y cada

una de ellas: desde asuntos religiosos hasta personales y por supuesto políticos.

Sea en una guerra declarada -como la de los "Mil Días"- o sin declarar -como la actual- el país se desangra a cada instante, decenas de conciudadanos, sea cual fuere la posición que sustenten, perecen a diario en circunstancias que son objeto de "exhaustivas investigaciones" que exaltan a "rodear las instituciones" previa convocatoria de las "fuerzas vivas de la nación" para así poder salvar "el país nacional".

Tan larga historia de violencia ha desbordado los espacios concretos como los campos de batallas para invadirlos todos y en cada acto por cotidiano que sea se percibe lo que se ha dado en denominar "una cultura de la violencia". Parece que lo que Fernando Díaz Plaja dice definiendo al pueblo español también se cumple para nosotros: "...tenemos por historia y geografía, la palabra áspera y la amenaza pronta".¹

2. Anoxia política

La vida política del país se ha caracterizado por un acendrado bipartidismo. Fue entre los partidos Liberal y Conservador que se movió nuestra historia hasta la década de los 60. Historia en la cual por posturas radicales e intolerantes de uno y otro partido se ha pasado del sano debate ideológico en las plazas públicas a la confrontación armada casa a casa. Baste no más recordar la llamada 'época de la violencia política' iniciada el 9 de abril de 1948, la cual vino a ser superada por lo que se dio en denominar "El Frente Nacional". Sin embargo, lo que fue una solución a un escollo en la vida democrática colombiana, se convirtió en caldo de cultivo de toda suerte de males para la vida política nacional, que hoy en día afloran bajo la forma de asesinatos de líderes sindicales, políticos, obreros, campesinos, etc., por parte de sicarios a sueldo que sirven a una u otra facción sectaria de derecha o izquierda indistintamente.

El Frente Nacional cerró aún más, la puerta a otras posibilidades de pensamiento y militancia política que no fuesen la liberal o conservadora con lo cual las expresiones de otros movimientos incipientes o por nacer quedaron proscritas de facto. El quehacer del estado se vio reducido casi que

totalmente a la distribución de cuotas burocráticas milimétricamente calculadas según el partido que estuviese de turno en el solio presidencial. Es obvio pues, se estranguló todo el sistema ideológico, de ahí que cuando el Frente Nacional terminó, la intolerancia se manifestó de manera bárbara al estilo de 1948, sólo que ya no contra los liberales o conservadores, sino contra todo y todos aquellos que no lo son.

3. Deficiente ritmo de crecimiento económico

Para que la calidad de vida de una nación se eleve (y nuestra nación lo requiere con urgencia puesto que según los estimativos de Planeación Nacional para este año, el 21.6% de la población se encuentra en condiciones de miseria absoluta) , son necesarios dos factores: primero que haya un crecimiento continuo y ascendente y en segundo lugar que los beneficios de ese crecimiento económico sean distribuidos equitativamente entre todos los miembros de la comunidad.

En Colombia el crecimiento económico no ha sido el esperado: el máximo que se ha conseguido en estos últimos cinco años es de 5.3% en 1987, llegándose a una disminución del 3.7% en el año inmediatamente anterior (1988) , lo cual es mínimo comparado con el crecimiento alcanzado por países como Malasia y Burkina Faso, que estando en condiciones políticas y sociales más desfavorables que las nuestras han tenido un crecimiento hasta del 7% en su crecimiento económico anual. Pero esta ausencia de crecimiento económico no es lo más grave ya que hay países como Sri Lanka, que sin aumentar su producto interno bruto (P.I.B.) en los últimos tres años, se ha logrado elevar la calidad de vida de sus habitantes constituyéndose en ejemplo para todos los países del denominado "Tercer Mundo" . Esto se ha logrado merced al segundo factor enunciado anteriormente: distribución equitativa de los beneficios económicos entre los miembros de la comunidad, cosa muy contraria a la que acontece entre nosotros. La distancia entre ricos y pobres es cada vez más amplia. Muestra de ello se encuentra en el Primer Simposio de Fondos Mutuos de Inversión celebrado en 1989, en el cual se señaló que el 81% de las acciones de las sociedades inscritas en el Registro Nacional de Valores pertenecen al 0.2% del total de accionistas . De ahí que frases como las del presidente de la ANDI

describan muy bien y de manera real la situación del país: "La economía va bien pero el país va mal" . Por baja que sea la tasa de crecimiento económico anual, siempre beneficiará a los pocos que manejan el capital nacional y el aumento en el ingreso per cápita no dejará de ser un ejercicio estadístico para ver cómo aumentarían los ingresos del colombiano medio en caso de ser redistribuido de modo igualitario el producto interno bruto.

4. Trastocación axiológica

En nuestra sociedad, tanto individuos como instituciones, coincidían en enmarcar sus acciones en una escala de valores basada en la honestidad, veracidad, respeto, sinceridad y tolerancia, complementada por los Diez Mandamientos de la Ley de Dios. Dentro de esta escala de valores, tirios y troyanos se mantenían, independiente de sus diferencias ideológicas. No están lejos los días en los cuales en el Parque de Berrío se hacían transacciones millonadas de palabra pues los papeles estaban fuera de tono en una comunidad en la cual "la palabra empeñada vale oro", como decían nuestros padres y abuelos. La mentira era considerada falta grave; y ¡Qué decir del irrespeto a niños y ancianos! Los padres y maestros asumían apostólicamente la transmisión y ejemplo de los valores ancestrales. Estos formaban parte de los contenidos curriculares y aunque fuera por cumplir se dictaban. Se tenían ideales relacionados con la virtud, voluntad y espiritualidad. El trabajo constituía un medio para adquirir templanza y era un pilar de la formación para "ser alguien" el competir en la academia y sobresalir.

En el desconcertante mundo de valores de hoy sólo importa lo que se tiene, no lo que se es. Además parece que cobrara inusitada vigencia la frase maquiavélica de "El fin justifica los medios" y el fin es claro: poseer. Ya no importa aquello que dice: "dime con quién andas y te diré quién eres", que podría ser reemplazado por algo como: "dime qué marca usas y te diré quién eres". Nuestro mundo es todo un caos en lo que a valores toca. No hay una sola área de ellos que haya sobrevivido al remesón: ni la moral, ni la ética, ni una sola institución que se haya mantenido incólume ante este caos.

El valor "respeto a la vida" que es el primero y fundamental para el mantenimiento de cualquier sociedad, ha sido el último en desaparecer, pero es el más ultrajado: "En total, entre enero y septiembre del presente ejercicio (1989) ocurrieron 2.713 homicidios en Medellín, 411 más que en el mismo período de 1988". La situación se agrava mostrando como causa única la situación de injusticia social. Todos recurren a trilladas frases como: "Cuando se mejoren las condiciones de igualdad social la paz volverá como consecuencia lógica". Si bien es muy claro que el cambio social es un agente agilizador de paz en cualquier sociedad, también es muy claro que él en sí mismo no es garantía para que ella aparezca y mucho menos para que se instituya una escala de valores. Los aportes de la criminalística y la sociología en estos asuntos son contundentes y los ejemplos también; países con tasas más elevadas de desempleo que las de Colombia, mayor índice de analfabetismo, más deuda externa, mayor atraso tecnológico, etc., no presentan índices de inmoralidad, violencia y criminalidad como los nuestros.

5. Desaparición del individuo

Se ha vuelto lugar común en nuestro medio el convocar "las fuerzas vivas de la nación en defensa de las instituciones..." Sin embargo es una de las tantas paradojas macondianas que a diario vivimos. ¿Cómo salvar las instituciones si la individualidad no es reconocida y respetada?

Se supone que un Estado de Derecho demoliberal, como el nuestro, tiene como fin último el procurar la felicidad de sus naturales haciendo que todos y cada uno de ellos acceda a la plenitud de sus condiciones, de tal modo que le sean respetados sus derechos aun en el caso de pertenecer a una minoría. Es pues, sobre la posibilidad de bienestar de cada ciudadano que descansa la solidez de las instituciones y no al contrario como pretenden hacerlo creer ahora.

La trastocación de valores ha llevado a que la clase dirigente -tanto política como industrial- haya querido aglutinar el pueblo en torno a las "instituciones", pero ¡vaya tarea titánica! La visión antropocéntrica de la vida ha sido cambiada por una visión centrada en la economía, la tecnología

y la ciencia. El hombre ya no es la base y finalidad de la vida. Así ¿Cómo pueden mantenerse las instituciones?

Las condiciones de vida del país, enunciadas acá, como es obvio, han afectado la educación, de uno u otro modo, es así como la escuela a pesar de la violencia, parece ajena a ella ya que sólo le merece atención cuando es asesinado algún miembro del gremio magisterial lo cual provoca la consabida reacción de paros y marchas por el derecho a la vida. Pero la paz, el mismo derecho a la vida, la solidaridad y otros tantos elementos para romper la vasta tradición de beligerancia que hemos mencionado, no tienen asiento en el discurso y quehacer pedagógico del aula a diario, no forman parte de los objetos de reflexión y mucho menos de saber, por el contrario los usos y manejos de las relaciones maestro-alumno, maestro-maestro y maestro-directivas son fehaciente prueba a cada instante de que las batallas tan lejanas en los libros de historia son una realidad permanente y tangible.

La asfixia ideológica, por su parte, ha trascendido a la escuela dejando de lado la formación ciudadana cimentada en la tolerancia, llegándose al silencio del maestro en estos temas frente a los alumnos. Cuando no, se toma en algarabía irracional por su pobreza conceptual e inconsecuencia en las prácticas cotidianas concernientes a la vida gremial del magisterio. Es así como el maestro y la escuela también cerraron espacios para que se diera una oxigenación en lo político.

Casi que es superfluo enunciar siquiera las consecuencias de la situación económica en la educación. Salta a la vista que si son las arcas privadas las que se benefician del escaso crecimiento económico que se tiene, la inversión educativa no es la más abundante. Por otro lado las condiciones de la población para acceder a ella tampoco son las más favorecidas, amén de que quienes por azar ingresan a los escasos cupos oficiales no están en las más satisfactorias condiciones físicas, higiénicas y mentales para asumirla.

La escuela pretendió reevaluar los valores y en el intento sólo consiguió deponer los hasta entonces vigentes. El apostolado que antes se ejercía con relación a ellos fue cambiado por la militancia sindical en busca de reivin-

dicaciones salariales y laborales, es así como los niños y jóvenes se vieron en el vacío axiológico y teleológico que tal vez fue llenado por los mensajes consumistas de la televisión, aunados a nuevos ideales de vida marcados por la irrupción de un nuevo elemento social: el narcotráfico, pero es muy fácil justificar la situación con la desigualdad social; es una cortina de humo que se ha tendido y hace que podamos todos, incluidos los maestros, cruzarnos de brazos. Total mientras no cambien esas circunstancias, ¿qué podemos hacer?

Las diferencias individuales no han pasado de ser un discurso manejado por los maestros. De hecho, por ejemplo, a la hora de evaluar a un alumno siempre lo remitimos a estándares y parámetros dados por las "medias estadísticas" no como el discurso de las diferencias individuales indica, a una comparación consigo mismo para ver cómo ha cambiado, superado, aumentado o estabilizado sus propias capacidades o limitaciones. Para los docentes tampoco existe individualidad, quien no esté en el montón hay que rotularlo.

Se hace evidente la necesidad de construir una pedagogía para la paz, lo cual tiene como condición sine qua non formar maestros que sepan de su especialidad pero más que eso, fundamentalmente cultos. Maestros que ante las crisis de las instituciones formen individuos fuertes; maestros que sepan interpretar no sólo al niño sino la comunidad y la situación del país.

El anterior es un panorama general del país y la educación pero concentrémonos ahora en los conocimientos y formación que tienen los maestros preescolares para cumplir con su rol. Este tópico lo queremos ilustrar con lo percibido a través del contacto establecido con 120 maestros preescolares en octubre de 1988. Eran maestros egresados entre los años 1980 y 1988, de las cuatro instituciones antioqueñas que en ese entonces ya contaban con graduados en programas de Tecnología o Licenciatura en Educación Preescolar.

El objetivo que se pretendió lograr al interactuar con los maestros fue el de indagar por sus conocimientos y actitud frente a siete variables: la religión, la cultura, la sexualidad, la creatividad, la política, la investigación

y el trabajo con la infancia. Las mencionadas variables fueron seleccionadas por cumplir tres criterios: el primero, el de ser aspectos en torno a los cuales gira la vida diaria de cualquier institución o modalidad que trabaja con infantes. El segundo, por ser considerados los pilares fundamentales para la construcción de la identidad profesional. Y el tercer criterio que motivó la selección, fue el de corresponder a temáticas sobre las cuales directa o indirectamente, las facultades de educación estructuran el currículo de los programas que ofrecen.

Para alcanzar el objetivo propuesto se emplearon dos técnicas: la una, un cuestionario para ser respondido tipo ensayo. En el se preguntaba por la actitud que generaba cada variable cuando se presentaba en la realidad escolar y por la(s) teoría(s) en la(s) cual(es) sustentaba dicha actitud. La otra técnica usada, fue la de entrevista colectiva, la cual se realizó con grupos de ocho a 12 personas. La mecánica consistió en leer al azar alguna de las respuestas dadas en los cuestionarios, sin mencionar su autor, para luego debatir o confirmar lo expuesto. A cada participante se le concedieron hasta cinco minutos por intervención.

El análisis de lo consignado en cada ensayo fue hecho por tres personas, cada una de las cuales conceptuó separadamente utilizando una escala de 1 a 5, donde 1 es ausencia de teorías que respaldan la actitud y 5 corresponde a manejo conceptual adecuado de cada variable que respalda su actitud. En las entrevistas colectivas hubo dos observadores que empleaban el mismo sistema para puntuar.

El cuadro que aparece a continuación resume el nivel de conocimientos expresados por los maestros preescolares para sustentar su actitud frente a las variables observadas.

RESULTADO VARIABLES EVALUADAS	CALIFICACIÓN 5		CALIFICACIÓN 3		CALIFICACIÓN 1	
	N	%	N	%	N	%
Sexualidad	8	6.4	20	16.7	92	76.9
Creatividad	4	3.8	28	23.1	88	73.1
Política	0.0	0.0	14	11.5	106	88.5
Cultura	2	1.3	21	17.9	97	80.8
Conocimiento e investigación	2	1.3	10	9.0	108	89.7
Religión	4	2.6	16	14.1	100	83.3
Trabajo con la infancia	2	1.3	15	12.8	103	8.9

Distribución de frecuencias y porcentajes según las calificaciones obtenidas en la evaluación del conocimiento relacionados con cada una de las siete variables.

Nos encontramos, en términos generales, con un maestro confuso, sin un criterio propio y definido, que centra el oficio de su presencia dentro de la Institución, presencia que cobra sentido para él en tanto programador de actividades, hacedor de cosas con los niños aunque carezcan de intención. Particularizando el análisis de cada una de las variables enunciadas tenemos:

- Cuando se habló de la religión, el maestro se armó del respeto que esta exige: "Es un asunto que corresponde a la familia", fue una frase bastante escuchada en la discusión sobre el tema.

El maestro no parece percibir el rol importante a desempeñar frente a la religión, ni desde el punto de vista histórico y cultural, ni desde la cotidianidad explícita en el respeto, la solidaridad y los valores y mucho

menos articulada a una moral civil. El maestro se quedó por fuera de este rol. ¡Se limita a rezar cánticos y cantar recitos!

- La cultura aparece referida a aspectos asimilables a las buenas costumbres y modales, es decir: "...Si esa es una comunidad marginada, yo debo entender que son poco cultos..." (Sic). Las aproximaciones que podían dar un poco de esperanza, casi todas hacían referencia a las tradiciones manuales que las regiones conservan. Así no podrá la escuela concebirse como un proyecto cultural por excelencia.

- La política, ¡Esta sí que implicaba respeto por parte del maestro! ..."Yo no debo tomar partido frente al niño... ni hablarle de lo que a mí me gusta... Existen dos partidos: liberal y conservador y el maestro debe ser neutro cuando se los enseña al niño" (Sic).

Hasta una metodología propusieron: "... un partido de fútbol entre los niños que divididos entre liberales y conservadores pueden aprender a perder..." (Sic).

Pero ¿Qué pasa con la democracia, con la participación, con la opción del niño de opinar, criticar y tomar sus propias decisiones? ¿No es ésta una educación política que permita realmente construir una sociedad civil? Esto nos evidencia otra paradoja de la cotidianidad del quehacer pedagógico: por un lado se ejerce el objeto de la política: el poder, además institucionalmente conferido, pero se desconoce en el discurso y en la práctica como elemento de educación integral.

- La variable creatividad parecía para todos un terreno donde se movían con facilidad. Han recibido muchas horas de clase para convertir las cajas, tapas, tubos y frascos en preciosos gusanos y casitas que tienen un mínimo valor en dinero: ¡Se hacen con material de desecho! El maestro usa toda su creatividad para recogerlo, darle vida a través de la manipulación. Para su manera de entenderlo éste es un maestro muy creativo, que hace niños muy creativos. Esta es una parte muy importante y no la desconocemos. Pero ¿Qué pasa con la lúdica, con el teatro, el juego, la resolución de problemas, la espontaneidad creativa en la cotidianidad educativa de la institución? Pese a que el maestro es creativo no está consciente de ello.

- La sexualidad: ¡Vaya terreno difícil para la discusión! Lo más usual no es conocer una teoría que le permita tener una actitud clara frente a ella. La respuesta también se valió de la cortina de humo "respeto": ... "no se puede contradecir a los padres, son ellos los que deben hablar a sus hijos de la sexualidad..." (Sic). ¿Pero cuántos maestros, al igual que ellos, tienen una concepción clara de su propia sexualidad? Por el contrario, el maestro era presentado como un ser asexuado, que no sabe muy bien qué hacer, cuando los niños, seres sexuados, lo manifiestan en su presencia.

- En cuanto a las posibilidades de conocimiento e investigación en los sitios de trabajo hubo gran desconcierto, sólo en dos casos se creyó posible tal actividad y en otros diez se consideró como única alternativa el elaborar diagnósticos socio-económicos de las familias de los niños para saber con quién se trabajaba. La posibilidad de confrontar los comportamientos infantiles con las teorías existentes o considerarlos como objetos de estudio en sí mismos, la evaluación de metodologías o los procesos de investigación-acción-participación, carecen de sentido para los entrevistados y son acciones no inherentes a su desempeño docente.

- Consecuentes con la visión sobre las otras variables, el trabajo con la infancia es restringido a niños de 3 a 6 años que asisten regularmente a las aulas. Los menores de esas edades y los espacios diferentes y metodologías alternativas no son reconocidas por el maestro.

Consecuencia lógica de lo anterior: el preescolar es vivido como "la mágica casa de colores y chocolate" aislada del mundo, la historia y la ciencia.

Este es el maestro que se ha formado. Esta es una reflexión sobre este pedagogo infantil que no es permeable a la situación que estamos viviendo, que escoge su profesión porque adora los niños, porque esto le va a servir cuando sea madre, porque es una carrera sin matemáticas y porque siempre es bueno un diploma que certifique el paso por la Universidad.

Como concepción de la educación infantil el maestro se convirtió en un aprestador de aprestamientos: el niño no está "suficientemente grande" para aprender, esto corresponde a la primaria. Entonces la educación preescolar lo apresta mientras pueda llegar a aprender.

Así, hace clases o actividades de aprestamiento a la lectoescritura, al cálculo, a las nociones de ciencia, etc. De suerte que el maestro preescolar se queda en el hacer. Tiene los mejores repertorios de rondas y canciones. Está armado de una buena cantidad de fichas para todas las áreas. Sabe planear con anterioridad para los niños y sigue ordenadamente lo consignado en los parceladores, con el agravante de la competencia entre instituciones, porque su prestigio está determinado por el número de niños que ingresan al "colegio grande" después de exhaustivos exámenes sobre los colores, formas y tamaños, los números hasta el 20 -aunque parece que cada año van aumentando-, las letras, etc.

Los maestros siguen este juego limitándose a llenar al niño de datos e informaciones para *prepararlos* para las entrevistas en el "colegio grande". La tensión se vive en cada actividad, en cada rostro, los padres se presentan ansiosos, los recreos se acortan, se deja de jugar y divertirse porque es necesario aprender.

El maestro se apoya en su actitud: actitud que está referida a su vocación, a su deseo de estar y trabajar con los niños. Pero la actitud no puede ser sólo esto. A nuestro modo de ver tiene que ser un equilibrio entre su vocación y su formación científica profesional. Y es evidente que el equilibrio no existe. El maestro tiene muy claro qué debe hacer pero no para qué lo hace: no tiene un respaldo teórico fundamentando su cotidianidad. El maestro no ha aprendido la génesis del aprendizaje en el niño; sabe muy bien cosas que se pueden hacer para motivar al niño pero no se ubica ni establece relaciones entre las actividades. Prueba de ello es que nivel tras nivel los niños ven y hacen las mismas cosas. En síntesis, los procesos de aprendizaje no están referidos a las mediaciones entre sujetos, discursos y prácticas. Están referidos, en el mejor de los casos, a la descripción y seguimiento de los estadios evolutivos: se revisa si el niño llegó a determinada conducta o habilidad sin que el maestro se pregunte cómo es que se llega allí. No interpreta el desarrollo como un proceso total e integrado: lo manipula de manera sesgada y se paraliza cuando se ve abocado a establecer relaciones que necesariamente implican transformaciones.

En otros casos los procesos se asumen como determinados por el solo correr del tiempo cronológico. El maestro se apoya en los cambios que el

niño presenta entre el inicio y el fin del año lectivo, y el cambio es obvio y evidente. El porqué se dio, cómo actuó el maestro en esas transformaciones no se analiza. Las actividades pudieron ser las adecuadas, pero ¿cómo puede el maestro apoyar conceptualmente cada uno de esos cambios? ¿Qué conocimientos ha recibido en su formación profesional que le permitan decidirse por una corriente pedagógica y metodológica para ubicar su relación de maestro infantil con la concepción de educar?

Para tener la posibilidad de construir un discurso e interrogarse sobre otros discursos u otras disciplinas el maestro tiene que subsanar sus carencias. Sólo así podrá asumir su papel de intelectual pedagógico, lo cual posibilitará su interacción con otros profesionales cuyos saberes estén relacionados con la infancia, lo cual es imposible si la reflexión pedagógica no hace parte de su formación. De hecho uno de los graves problemas que afrontamos es el de la escritura, problema éste que ha llevado al maestro a ocultarse más y más en las planeaciones ajenas a su cotidianidad por la incapacidad de escribir sobre su práctica diaria.

Luego de esta descripción del país y del maestro preescolar, queremos proponer una alternativa de solución a un panorama árido pero sin duda susceptible de cambiar, siempre y cuando se aúnen esfuerzos para emprender acciones concretas que se retroalimenten de modo constante e inscritas en un proceso de reflexión. La propuesta apunta a una transformación de las facultades de educación encargadas de formar maestros preescolares. El cómo y el cuándo no ha sido considerado pues sólo al interior de cada institución se pueden analizar estos factores, que de seguro, requieren de aportes creativos de todos y cada uno de los integrantes de ellas.

Para iniciar cualquier cambio, es esencial reconocer que desde la simple erudición discursiva es imposible transformar la realidad educativa, y en cambio, puede lograrse mucho formando maestros capaces de encarnar en la cotidianidad pedagógica, principios filosóficos diáfanos y precisos que orienten la formación de un hombre nuevo, capaz de transformarse a sí mismo y a la sociedad que lo circunda. Este tipo de maestros no puede configurarse al margen de la realidad local, regional o nacional, sometido a programas puramente formales que desconocen la problemática real de la

praxis pedagógica. No se trata -como decía Fernando González- de amar la verdad, hay que buscarla.

El hecho es no continuar produciendo titulados en educación preescolar -que dicho sea de paso, ya son bastantes, dato que confirma la Secretaría de Educación Departamental con la ausencia de vacantes- porque el exceso de graduados puede terminar simplemente en una abundancia de títulos que no siempre se corresponde con portadores de un saber. Urge, entonces, cualificar la formación de los profesionales en esta área, acorde con las necesidades de nuestra sociedad: maestros preescolares auténticos trabajadores de la cultura, la ciencia y el arte, con concepciones personales del mundo, la vida y el hombre; con alto sentido de la responsabilidad frente a su labor, con identidad profesional, en sí, maestros íntegros: cultos, creativos e inteligentes, habilitados para aportar constructivamente a las generaciones de mañana, las cuales esperamos sean más humanas y científicas.

Teniendo claro que lo que se necesita como maestro es una persona íntegra, hay que abandonar, entonces, la formación de aprestadores de aprestamiento que reducen su quehacer a preparar para la ciencia, la matemática, la lectura, la escritura, etc., bajo el pretexto de preparar para el aprendizaje, como si en el preescolar no tuviera cabida éste. La situación descrita hace al preescolar y los que allí laboran, como agentes cercanos al aprendizaje mas no insertos en él; cerca al problema mas no viviéndolo; convirtiendo el preescolar en un lugar marginado del conocimiento como si en este espacio educativo no se educara sino que más bien se preparara para ésto, presumiendo que la educación espiritual e intelectual sólo comienza en la primaria con el mal llamado "aprendizaje sistemático".

Todo lo anterior ha hecho que el saber del maestro preescolar -y así lo refuerzan las facultades de educación del medio- se limite a conocer el más variado menú de secuencias para orientar los diversos aprestamientos. Secuencias que analizadas detenidamente no responden a una concepción dinámica del aprendizaje. Son secuencias que ignoran el saber que representan, así como el proceso de construcción que sigue el niño para apropiarse de ese saber, lo cual termina en un aprestamiento sin horizonte. Resultado de ello, a pesar de seguir tarareando que el preescolar es la base del proceso

educativo, es que el preescolar es una isla y además se configura la creencia que la formación académica del maestro infantil no requiere ser tan rigurosa; pareciera que la única condición fuera la del amor a los niños y el gusto por el trabajo con ellos. Se ha caído en una educación instrumental, no se forma a los maestros en una cultura universal: el niño y la cultura, el niño y el arte, el niño y el cine, el niño y la literatura, el niño y la ciencia...

Las facultades también tendrán que dejar de ser el escenario de estudio y discusión de problemas que idealizan o niegan la realidad: los discursos que circulan en las aulas no pueden seguir siendo la resurrección de conceptos hipotéticos, ajenos a nuestras condiciones reales, más aún, discursos que sólo habitan en el monólogo del profesor, la voz del estudiante es cada vez más ausente. ¿Por qué será? tal vez porque son pocas las oportunidades que en el aula se generan para el intercambio de experiencias, la confrontación, el análisis, la reflexión... No creemos que la explicación pueda darse a partir de la indiferencia y pasividad naturales, si bien son el producto de un sistema educativo empeñado en adormecer la pasión, el pensamiento y la palabra, no se puede negar la alternativa de reorientar las posibilidades, dinamizarlas, depurarlas. Para ello es necesario vivificar el espacio del aula de tal forma que se torne en un taller de producción intelectual y desarrollo personal mediante el intercambio de lo leído y vivido en diferentes experiencias educativas del medio para lo cual, las prácticas profesionales deben dejar de ser un simple requisito del plan de estudios pasando a ser un verdadero espacio de reflexión y confrontación teórico-práctico, donde preocupe esencialmente lo pedagógico y no lo administrativo.

Las facultades deben interactuar constantemente con las diferentes entidades encargadas de atender la infancia en el medio a fin de que el diálogo permanente con ellas dé vida a los discursos académicos superándose la clase centrada en incompleta información, fomentándose así la discusión que permita acceder a niveles superiores de comprensión de lo real, lo cual derivaría, posiblemente, en un maestro preescolar dirigente de la niñez, que lo represente en lo político, cultural, pedagógico, tanto a nivel público como social, con un rol activo ante el estado y sus políticas educativas.

Otro punto a tener en cuenta en la formación de futuros maestros y que debe convertirse en una ley, es el ejercicio permanente de la cadena lectura-discusión-escritura como motor del crecimiento intelectual. Tanto la discusión como la escritura son niveles superiores a la lectura. Permiten más explícitamente el desarrollo del pensamiento divergente. Además, intensificar la escritura constante de reflexiones sobre la realidad educativa permite superar el reduccionismo de la escritura como copia, teniendo muy en cuenta que si bien es un proceso muy lento, la manera más eficaz de estimularla es a través de la práctica. Por eso se plantea que "...a escribir se aprende escribiendo" no recibiendo cursos de alta redacción. Permitamos por tanto a la escritura espacios en las facultades promoviendo la escritura de textos libres, ensayos, reflexiones porque escribir es amplificar la conciencia sobre la realidad. Es evidente la necesidad de desempolvar la escritura y convertirla en parte de la cotidianidad académica, de esta manera tendremos maestros en condiciones de escribir su propia historia pedagógica, que es en sí la del país.

De otro lado debe reconocerse que las instituciones de educación superior son campos donde se libran batallas espirituales. Lógicamente que este reconocimiento implica dejar atrás la visión atomista del plan de estudios centrado en cúmulos de materias o asignaturas, que finalmente conducen hacia un licenciado amorfo por las ambigüedades de su saber y función social, lo que viene a explicar, en cierta medida, la crisis de identidad de muchos egresados. En la práctica, el resultado de la sumatoria de las asignaturas es un título que habilita para ejercer lo desconocido. Si bien ahora se llama la atención sobre la excelencia académica y por ende, sobre la calidad de la educación, se ha presumido que se resuelve exigiendo sobre los contenidos, evaluando rigurosamente tema por tema, pero vale la pena preguntarse: ¿esto sí ha resuelto el problema de la calidad? ¿puede una nota, sea un 3.0 o un 5.0 decirnos algo sobre la idoneidad profesional? Las respuestas a estos interrogantes demandan un trabajo en torno al concepto de problema evitando aislar los contenidos temáticos a través de cursos. Se requiere reunir profesores y estudiantes alrededor de planes de trabajo donde se estudien problemáticas y se propongan soluciones, incorporando los resultados de las diferentes investigaciones a las temáticas abordadas.

Todo lo expuesto hasta acá convoca a los docentes y administradores universitarios -como mínimo- implicados en la formación de futuros maestros, a testimoniar en su quehacer pedagógico lo que desean de los futuros graduados. No se puede esperar de los egresados lo que no se les ha dado, de ahí la necesidad de reflexionar sobre la praxis, todo proceso educativo comporta ser evaluado permanentemente con el fin de no desviarse de los principios filosóficos que lo inspiran.

También, lo propuesto acá, puede pensarse que desborda los espacios y tiempos asignados para desarrollar los programas de Tecnología y Licenciatura en Preescolar, por lo cual conviene comenzar debates que permitan despejar interrogantes como: ¿es necesario aumentar la duración de los programas? ¿es posible cambiar los diseños curriculares rígidos y estandarizados por cohortes que aborden temáticas de actualidad? o, ¿es viable estructurar planes de estudio que permitan la diversificación?

De ser transformadas las facultades de educación en el sentido propuesto, es seguro que sus egresados serán maestros:

1. Democráticos que aporten a la construcción de una comunidad igualmente democrata.
2. Que preserven y generen cultura.
3. Creativos en todas las áreas del saber.
4. Con una clara identificación como profesional o sea, un intelectual de la pedagogía.
5. Íntegros en tanto expresan su consecuencia entre el pensar y el actuar.
6. Con espíritu empresarial que le permita autogestionar, crear instituciones para la investigación y la extensión comunitaria guiado por la sana crítica.

En resumen, maestros con una pasión siempre renovada por su profesión, ya que es la única manera de acompañar las generaciones venideras dándoles razones para creer y razones para esperar.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS

1. DÍAZ PLAJA, Fernando. Los siete pecados capitales de los españoles. Madrid, Alianza Editorial, 1973, p. 153.
2. DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS, DAÑE. Colombia Estadística, Bogotá, División de Edición Dañe. 1989, Vol. 1,p.561.
3. *ibid.* p. 371.
4. LÓPEZ CABALLERO, Alfonso. Hacia un nuevo modelo de desarrollo para el campo. Bogotá, Ed. Oveja Negra, 1987. pp. 25-27.
5. POR EL OJO DE LA CERRADURA. Humberto López López. *El Mundo*. Medellín (1989, marzo 13); p. 4A.
6. LA SEGUNDA OPORTUNIDAD. Revista *Semana*, Bogotá, No. 354, 20 de febrero 1989, p. 33.
7. JORNADA DE REFLEXIÓN POR LA PAZ. Juan Gómez Martínez. *El Mundo*. Medellín (1989, octubre 12); p. 6B.